

Estamos profundamente convencidos que el testimonio por la paz que ha sido encomendado a nosotros como Sociedad no es una añadidura artificial a nuestra fe que se puede descartar sin dañar su integridad, sino que es un brote orgánico de nuestra creencia como cristianos y como Amigos, que no se puede abandonar sin mutilar todo nuestro mensaje al mundo.

Al igual que otros cristianos, creemos que la Divina Palabra, que en toda época había sido Luz de la humanidad, tomó forma humana en Jesucristo. Hemos visto a Cristo en la revelación del valor sin cuantía del ser humano ante Dios; sabemos que por su Luz derramada en cada alma humana todos somos hermanos, no importa de qué raza o nación. La guerra pisotea esta cualidad sagrada de la persona, considerando a los seres humanos como *cosas* — como obstáculos que hemos de eliminar si son enemigos, como instrumentos militares cuyas conciencias podemos pasar por alto, si son nuestros soldados. Como cristianos no podemos poner ni a nosotros mismos ni a nadie en tal posición. Además, puesto que la Luz Divina dentro de nosotros es la Luz de Cristo, no podemos separarla del espíritu de sus enseñanzas mientras estuvo en la tierra. No podemos reclamar su autoridad para justificar impulsos nuestros que nos hagan actuar en contra de esa enseñanza que él resumió en el amor a Dios y el amor a toda la humanidad.

En la medida en que hemos comprendido y obedecido esta dirección divina, hemos recibido la capacidad de ver una hermosa visión de lo que es la unión humana, y de lo que la hermandad humana puede ser. Inevitablemente también nos ha colmado un profundo sentir del mal en toda violación de esa hermandad. Esta bella visión nos ha brindado una fe renovada en el poder de lo espiritual para la contrucción de la estructura de la humanidad, para redimirla del error y del mal. Sólo el poder espiritual puede hacer esto, tocar el corazón de cada cual, convencer la mente, ganar la lealtad, y así liberar esas influencias que unen a la humanidad. Cuando el rechazo de toda violencia brota con evidente sinceridad de la reverencia y el amor a lo de Dios en el adversario, entonces tiene poder para tocar y convencer su alma. Los que ven esta visión, aun en medio de oscuridad y confusión, tienen que aferrarse a la promesa.

Apreciamos esta visión y reconocemos su autoridad a tal extremo que nos es imposible participar en la guerra — ese "arbitraje de agresividad y pasión,"¹ con toda su abolición de frenos morales, negación del discernimiento de la justicia, atrocidades, y destrucción de todo el potencial divino en la vida humana.

¹ "*the arbitrament of self-assertion and passion*," frase de un importante discurso de 1905 por Sir Henry Campbell-Bannerman, primer ministro de Gran Bretaña. Se refiere a la guerra como un método de resolver conflictos, en vez de persentarlos a un "tribunal más alto" que podría ser una corte, o un árbitro, etc. En esa época se estaba desarrollando un proceso de "arbitraje" en que el árbitro propone una resolución al conflicto que ambas partes pueden aceptar. En cambio, el "arbitraje de agresividad y pasión" sería el uso de la violencia en vez de métodos pacíficos.

Basado en estas convicciones, consideramos que la ley moral de la ternura, el perdón y el amor nos impone una obligación incondicional. Es lamentable y vergonzoso creer en principios sólo cuando no hay necesidad de ponerlos en práctica, creer en el perdón sólo cuando no hay nada que perdonar, creer en el amor sólo para aquellos que nos aman. Nuestro mundo actual, pecaminoso y quebrantado, necesita estos mensajes redentores en palabra y en vida. ¡Seamos fieles a esta visión! Visión que conlleva una grave pero admirable responsabilidad.